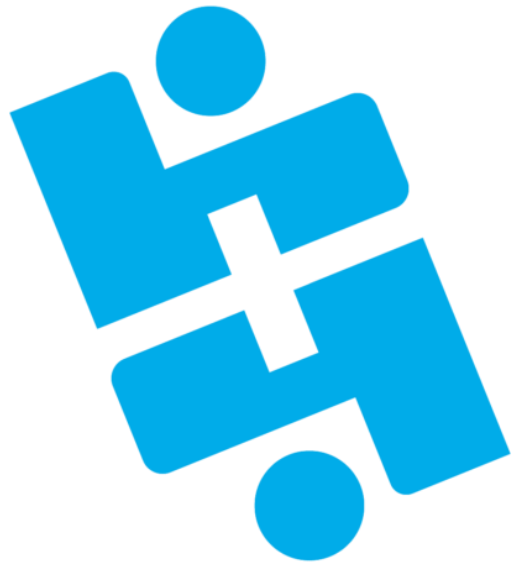


# ¿PARA QUIÉN SOY?



CONGRESO DE VOCACIONES  
Asamblea de llamados para la Misión



## ELEGIDOS Y LLAMADOS PARA UNA MISIÓN<sup>1</sup>

Con mucha frecuencia, entre los creyentes, la palabra “vocación” se usa exclusivamente para indicar la llamada a la vida consagrada o sacerdotal. Al mismo tiempo, se olvida la vocación general: la vocación cristiana. También suele entenderse por vocación la inclinación natural de la persona a ejercer cierta actividad cuando esto, a lo sumo, puede considerarse el eco de la Providencia que llama a cada uno a realizar una tarea en el mundo. Debemos diferenciar, pues, el concepto profano de la vocación como inclinación a una cierta profesión y el concepto religioso, que supone la fe en un Dios providente y personal, presente en la historia del mundo y en la de la propia persona.

Existe también una interpretación muy abstracta de la vocación, según la cual, Dios haría una llamada general a la fe y a la vida eclesial, puesto que desea que ciertas funciones se cumplan en la comunidad eclesial, pero no llama personalmente a ello. En este caso, lo prioritario sería la elección del hombre, salvaguardando así mejor la libertad humana. Esto choca con la revelación, donde vemos que es Dios el protagonista de la vocación, tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. Jesucristo mismo, en su vida, no hizo otra cosa que cumplir la voluntad del Padre. Creer que sólo independizándonos de Dios seremos libres es no entender ni lo que es la libertad, ni quién es Dios. Sólo la acción previa y preventiva de Dios en la vocación posibilita la libertad humana. Sólo la llamada de Dios nos posibilita liberarnos de nuestro egoísmo y la posibilidad de responder.

### 1. Dios elige, llama y ofrece una misión

#### 1.1. La elección

A continuación, nos acercaremos a la vocación referida a todos, no sólo a los consagrados. Y comenzamos presentándola desde el punto de vista del Dios que llama. En este sentido, en primer término, la vocación es la elección libre por parte de Dios, basada en su amor infinito (Rom 9, 11). Se trata de una elección anterior al tiempo (Ef 1, 4) y a cualquier mérito humano (Mc 3, 13). Esta elección es eficaz puesto que, el mismo acto de elegir a una persona,

---

<sup>1</sup> A continuación, ofrecemos tres textos inspirados en el documento elaborado por el Servicio de Pastoral Vocacional de la Conferencia Episcopal Española “Del pienso, luego existo, al soy llamado, por eso vivo”, material preparatorio del Congreso “Iglesia, asamblea de llamados para la misión” que se celebrará en Madrid del 7 al 9 de febrero de 2025. Sus títulos son significativos: “Elegidos y llamados para una misión”, “Discernir para acertar”, y “La respuesta vocacional”. Para elaborar el texto también hemos utilizado el libro “*La vocación. Teología y discernimiento*” del autor Alnaldo Pigna (Sociedad Atenas, Madrid 1983). Las citas bíblicas las hemos situado en el cuerpo del texto y el resto de citas del Magisterio, a pie de página. Al final de cada título, colocamos una ficha resumen y un cuestionario para la reflexión y aportación de los grupos.

la hace digna y la capacita para realizar la misión para la que es llamada (1 Jn 4, 10). Hemos de añadir también que Dios elige a los pequeños del mundo (2 Cor 19, 9-10) para evidenciar así que, aún con la colaboración humana, cualquier obra es fruto del poder y la riqueza divina (1 Cor 1, 26-31), lo que desmonta el orgullo personal del llamado.

## 1.2. La llamada

A la elección, sigue la llamada, que no es otra cosa que el **encuentro de Dios con cada persona a la que cambia y orienta** en un nuevo sentido. Esta transformación producida por la llamada, se manifiesta muy claramente en el caso de S. Pablo que pasa de ser perseguidor a ser testigo de Cristo. La acción de Dios suple las limitaciones humanas (Jer 1, 2-6). Lo que Dios le pide al hombre es que se fíe de Él y se haga disponible (Is 49, 1-3). El que da su sí se hace amigo de Dios (Gen 17, 13) y también de los hombres.

La vida del hombre es una constante llamada de Dios a conquistar un fin, una llamada que proviene de su amor y que sólo persigue nuestro bien particular y el de toda la humanidad. De ningún modo podemos creer que esa llamada nos priva de la libertad. Como dice el Papa Francisco, *“la llamada del Señor... no es una intromisión de Dios en nuestra libertad; no es una «jaula» o un peso que se nos carga encima. Por el contrario, es la iniciativa amorosa con la que Dios viene a nuestro encuentro y nos invita a entrar en un gran proyecto...”*<sup>2</sup>.

La vocación es una llamada, y la primera y fundamental llamada de Dios al hombre es a la **existencia**. En efecto, no somos fruto del azar ni de la casualidad, sino que lo somos del amor de Dios que ha pensado en cada uno de nosotros desde siempre y ha diseñado un plan particular y para toda la humanidad. Efectivamente -dice el Papa Francisco- *“estamos llamados a la felicidad, a la plenitud de la vida, a algo grande a lo que Dios nos ha destinado. La vida de cada uno de nosotros... no es un accidente del camino; nuestro estar en el mundo no es un mero fruto del azar, sino que formamos parte de un plan de amor y estamos invitados a salir de nosotros mismos y a realizarlo, para nosotros y para los demás...”*<sup>3</sup>.

Además, el Señor nos dirige una llamada ulterior a **realizarnos como personas**, puesto que somos una realidad dinámica, incompleta, que nunca está realizada del todo. Esta realización personal nace de una llamada de

---

<sup>2</sup> Papa Francisco, Mensaje para la 56 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 12.V.2019.

<sup>3</sup> Papa Francisco, Discurso en la conferencia “Hombre-mujer imagen de Dios. Por una antropología de las vocaciones”, 1.III.2024.

amor y se complementa con nuestra propia colaboración, con nuestra propia respuesta. Así pues, la vocación es una llamada a ser y a realizarse en fidelidad al propio ser. Creados a imagen y semejanza del Dios Trinidad, esa fidelidad a la propia naturaleza nos reclama realizarnos en comunión con Dios y con los demás.

Dios nos busca constantemente, quiere estar en comunión con nosotros; incluso después del pecado original, Dios buscó al ser humano para ofrecerle la salvación. Ese acercamiento llegó a su culmen con el envío de su propio Hijo Jesucristo. Precisamente, en los planes de Dios, estaba otorgarnos la máxima dignidad: hacernos hijos en el Hijo. Por eso, la llamada definitiva que el Señor nos dirige tiene como fin la **santidad**, es decir, la participación en la vida divina (2 Pe 1,4).

Somos seres sociales, llamados a la unidad bajo el impulso del Espíritu de Dios (cf. GS 24). Por otra parte, *“si cada hombre es llamado a transformarse en Cristo hasta vivir sólo de Él, es evidente cómo Cristo se hace al mismo tiempo principio y lugar de comunión universal”*<sup>4</sup>. Todo hombre es, pues, **vocación a ser Iglesia**. No es posible la comunión con Dios sin comunión con los hermanos (Mt 5, 23-24). El hombre es llamado a formar parte de una comunidad (Col 3, 5) a la que debe servir desde Dios. Todos formamos parte del mismo Cuerpo de Cristo (Rom 12, 5). El término y el contenido esencial de toda vocación humana y cristiana es ser en Cristo, integrados en su cuerpo que es la Iglesia.

### 1.3. La misión

Al mismo tiempo, la llamada es para una misión. Efectivamente, la llamada divina no tiene como fin únicamente la promoción y realización de cada individuo, sino que es también una llamada a la **comunión** universal. No es tampoco un privilegio, sino la propuesta de estar al servicio de Dios para ser luz de las naciones. En palabras del Papa Francisco, *“la vocación es ser llamado por otro, es decir, dejar de poseerse a sí mismo, salir de sí mismo y ponerse al servicio de un proyecto más grande. Nos convertimos, entonces, con humildad, en colaboradores de la viña del Señor, renunciando a todo espíritu de posesión y de vanagloria”*<sup>5</sup>.

Dios, al llamar, confía una tarea, una misión (Ex 3, 10; Mt 28, 19). La llamada no es a una situación privilegiada, sino para **trabajar y servir a la Iglesia**, constituida para el servicio del Pueblo de Dios (Rom 11, 13). Unido a Cristo, el cristiano es enviado por el Padre para la salvación del mundo. Lo ha

---

<sup>4</sup> Pigna, A., *La vocación. Teología y discernimiento*, Sociedad de educación Atenas, Madrid 1983, 48.

<sup>5</sup> Papa Francisco, Audiencia al 75 Congreso del «Serra Internacional», 23.VI.2017.

de hacer unido a la Iglesia que es precisamente signo e instrumento de la salvación de todos (LG 1). Para la realización de esta misión, contamos con la promesa del apoyo divino (Ef 1, 14) que, en el Nuevo Testamento, se concreta en la acción del Espíritu Santo (Jn 15, 26-27), capaz de producir una transformación radical de los Apóstoles (Act 4, 13). Está claro que, si la vocación es una misión, no podrá realizarse si no se la acepta incondicionalmente, es decir, si no se vive antes la comunión con Dios y la transformación en Cristo. Sin oración es imposible la unión con Dios y, sin la unión con Cristo no hay fruto (Jn 15, 5). Actuar de otra manera es incongruente, escandaloso y estéril.

## 2. Obstáculos en la perspectiva vocacional

La llamada, casi nunca llega nítida a los oídos de aquel al que va dirigida. De hecho, suelen meterse por los medios elementos culturales, valores, modos de vida y hasta una práctica pastoral mejorable.

### 2.1. Una cultura antivocacional

La larga travesía de la modernidad ha traído consigo un cambio de época con profundas transformaciones en la cultura que nos habita y que contiene potentes elementos antivocacionales. Ciertamente, el **antropocentrismo** moderno ha desplazado a Dios, fuente de la vocación. Ahora mismo, el hombre tiene que negociar su puesto con los animales y las máquinas, lo que resta sentido a apostar a favor de la humanidad como nos pide la vocación.

A esto hay que añadir que la cultura está ganando la partida a la naturaleza, como se comprueba en la fuerza que está cogiendo la **ideología de género** basada en la primacía del deseo y la voluntad personal, forjados de espaldas al propio cuerpo y su lenguaje. Otra de las notas de la cultura actual es la ruptura del vínculo entre libertad y verdad. Ciertamente, **sin verdad, no hay libertad**. Precisamente en la ideología de género, se ignora la verdad inscrita en la naturaleza y se fabrica una libertad sin fundamento, al albur del capricho personal. Por otra parte, tampoco hay libertad si no está orientada al bien común, pero éste ha explotado en bienes y valores dejando abierto un amplio campo para las preferencias personales. En este sentido, nos vemos desafiados a evangelizar la libertad para que el Evangelio no aparezca como mala noticia, como un yugo para la libertad humana.

La modernidad también ha puesto en **crisis la relación entre Iglesia y sociedad**. La relación con las instituciones civiles se ha ido debilitando con el

paso del tiempo hasta llegar al momento actual en que se llega a dudar sobre el derecho de la Iglesia a pronunciarse sobre la vida pública. El diálogo se está volviendo problemático, hasta el punto de abrir paso a la opción de la separación total.

Y, en fin, la modernidad también ha puesto en **crisis la relación entre historia y vida eterna**. La Iglesia anuncia un Reino que alcanzará su plenitud en la vida eterna, pero, en la modernidad, el Reino ha terminado por ser asimilado con el progreso. Afortunadamente, la misma decepción que el progreso está trayendo, hace cada día más necesario el anuncio de la fe que hace florecer la esperanza en la vida eterna.

## 2.2. La mundanidad espiritual y autorreferencial

Las difíciles relaciones Iglesia-sociedad y la crisis en la relación entre historia y vida eterna favorecen sin duda la **escisión entre fe y vida**. El dualismo es el gran riesgo de nuestra forma de ser cristianos en este cambio de época: la vida temporal tiene fines temporales modelados por la cultura dominante, la vida cristiana tiene fines sobrenaturales situados fuera de la realidad y de la historia y encerrados en los templos y en los días marcados en rojo.

La actual crisis vocacional no sólo es fruto de causas culturales y ambientales, también está producida por **elementos internos de la propia Iglesia**. El Papa Francisco anota, dirigiéndose a los jóvenes, que las elecciones generosas son frenadas frecuentemente por las dudas y los porqués, la fiebre del consumismo, la obsesión por la diversión y por los propios derechos, la ilusión del amor que se conforma con las emociones<sup>6</sup>.

El Santo Padre también se dirige a las comunidades. En su opinión, la crisis vocacional *“se debe frecuentemente a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, por lo que no inspiran entusiasmo ni atracción, como por ejemplo las comunidades funcionales, bien organizadas, pero carentes de entusiasmo... Donde hay vida, fervor, deseo de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Incluso en las parroquias donde los sacerdotes no están muy comprometidos ni son alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que suscita el deseo de consagrarse completamente a Dios y a la evangelización, sobre todo... si reza insistentemente por las vocaciones y tiene el valor de proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración...”*<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Papa Francisco, Homilía en la misa de entrega de la cruz de la JMJ, 22.XI.2020.

<sup>7</sup> Papa Francisco, Simposio “Por una teología fundamental del sacerdocio”, 17.II.2022.

A todo esto, hay que añadir la **escasa natalidad**, particularmente en nuestro país y en todo el continente europeo, y otras causas relacionadas con el **estilo y el ritmo de vida**. Considerando todo esto, el Papa Francisco dice a los jóvenes: *“Jesús camina entre nosotros... Su llamado es atractivo... Pero hoy la ansiedad y la velocidad de tantos estímulos... hacen que no quede lugar para ese silencio interior donde se percibe la mirada de Jesús y se escucha su llamado... Busca esos espacios de calma y de silencio que te permitan reflexionar, orar, mirar mejor el mundo que te rodea, y entonces sí, con Jesús, podrás reconocer cuál es tu vocación en esta tierra”*<sup>8</sup>.

### 2.3. Pastoral de la opción y de los valores

Haciendo el juego a la antropología dominante, nuestra pastoral ha estado marcada por la opción y los valores. La opción en la que quien es protagonista y marca el territorio es el que opta, no el que llama. También ha estado marcada por los valores que, en definitiva, son un medio a través del que Dios llama, pero no es el mismo Dios.

Estas dos claves han de ser juzgadas a la luz del cambio de época que estamos viviendo. El antropocentrismo moderno se ha visto expresado perfectamente en la frase paradigmática de Descartes *“cogito, ergo sum”*. Hasta ese momento, la existencia de Dios se daba por probada; a partir de entonces, la existencia del hombre es segura, mientras que la de Dios debe ser probada. En cualquier caso, la existencia humana es demostrada desde el pensamiento. Pero las cosas han cambiado, hoy la existencia se prueba desde el sentimiento y los deseos. El eslogan actual quedaría así: *“tengo emociones y deseos, luego existo”* si se me reconocen como derechos.

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, hay una experiencia anterior al pensamiento y la conciencia, capaz de elaborar las experiencias: **la vida es un don**. Hemos sido llamados a la vida como regalo amoroso. ¡Por eso y para eso vivimos!. Esto significa un cambio de perspectiva. Fieles a la antropología vocacional, *“Dios me ama, me llama”*, queremos girar nuestra acción hacia una **pastoral de la obediencia y de la santidad** que no anula la libertad, pues no es posible responder a la llamada, obedecer, sin ser libre.

### 3. Una llamada que nos urge una respuesta

En este cambio de época, con la presencia de una cultura antivocacional, una mundanidad espiritual y autorreferencial, y una pastoral

---

<sup>8</sup> Papa Francisco, Exhortación Postsinodal *Christus Vivit* (CVi), 201.

de la opción y de los valores, el Señor nos llama a la conversión, a la comunión y al testimonio confesante. Deseamos cultivar la vida como vocación para que surja una cultura vocacional. La propuesta supone, en primer lugar, dar la vuelta a la antropología dominante autorreferencial del “*pienso, luego existo*”, desvinculada del cuerpo, de la realidad, del otro y de Dios, anunciando una antropología cristiana: “*soy amado-llamado, por eso existo*”. En segundo lugar, cultivando la conciencia de **ser Iglesia**, asamblea de llamados, cultivando la identidad bautismal y la pertenencia comunitaria. Y, en fin, saliendo a anunciar el evangelio y a edificar la Iglesia desde la vocación particular de cada uno.

Finalmente, hemos de valorar que, promover la vida como vocación, no sólo favorece a la Iglesia, sino también a la sociedad. Es de una importancia política de primer grado que no solamente promovamos los derechos humanos, sino también los deberes humanos. Mientras la Iglesia nos recuerda el deber de responder al amor de Dios y al prójimo, la cultura ambiente nos transmite la idea de que el poder ofrece empoderamiento como clave de una vida lograda. Por desgracia, con frecuencia, las comunidades cristianas aceptamos esta oferta, contradiciendo la antropología cristiana que se basa en el dato de que, porque soy amado, vivo. Por lo tanto, si somos don, la gramática de la existencia es ofrecerse como don a los otros.





## FICHA 1: ELEGIDOS Y LLAMADOS PARA UNA MISIÓN

*“Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 15-16a).*

En febrero de 2025, va a tener lugar un gran Congreso bajo el título “Iglesia, asamblea de llamados para la misión”. Con él se pretende experimentar la alegría de ser “asamblea de llamados” y destinados a anunciar el Evangelio. También fortalecer la conciencia de que Dios sigue llamando y que, por tanto, la vida cristiana es vocación.

A veces se ha reservado la palabra “**vocación**” para referirse a la llamada de la que son objeto los consagrados (sacerdotes y religiosos). También se la ha restringido para referirse a la inclinación humana hacia una determinada profesión. No. Desde un punto de vista cristiano, la vocación designa **la elección y la llamada generosa de Dios** que, después de un discernimiento acompañado que permita descubrirlas, ha de desembocar en la **respuesta** de amor a través de un determinado modo de vida: presbiteral, consagrada y laical-matrimonial.

En esta primera ficha de trabajo nos centramos en el primer aspecto, particularmente en la **llamada** y las **dificultades** que se presentan hoy para percibirla. Lo primero que tenemos que destacar de la llamada es su **gratuidad**: Dios nos llama sin mérito alguno por nuestra parte. Además, cambia la vida del llamado, como ocurrió en el caso de Pablo de Tarso. Y, en fin, es una llamada que **respet**a nuestra libertad y persigue nuestro bien particular y el de toda la humanidad.

Además, hay que señalar que la vida del hombre es una constante llamada de Dios, una llamada que se produce en distintos momentos y para diferentes fines. La primera y fundamental llamada es a la existencia; nos llama también a realizarnos como personas y, sobre todo, a ser sus hijos participando de la santidad de Dios. Creados a imagen del Dios Trinidad, no nos realizaremos como personas ni como hijos de espaldas a los hermanos, fuera de la comunión universal. En efecto, Dios nos llama también a ser Iglesia en comunión misionera.

La llamada va más allá del desarrollo personal y del crecimiento en santidad, es también para una **misión** hacia fuera: estar al servicio de Dios para ser luz de las naciones. Esta misión será inviable sin el apoyo divino, como el que tuvieron los Apóstoles de primera hora (cf. Hch 4, 13). Sin oración, es imposible la unión con Jesucristo y, sin él, no se da fruto (Jn 15, 5).

Llegados a este punto, nos referimos a los obstáculos que se presentan en la perspectiva vocacional. En primer lugar, tenemos que referirnos a la cultura antivocacional que nos habita. Efectivamente, a partir de la modernidad, Dios ha sido desplazado del centro y, en su lugar, se ha situado al hombre. En este sentido, es paradigmático el caso de Descartes que pone en el primer grado de certeza la existencia personal derivada de una intuición intelectual. Frente al *“pienso, luego existo”*, afirmamos que la primera intuición de la persona es la de haber sido llamado a la vida, la de ser un don, de modo que el lema ha de ser: *“Soy llamado, por eso vivo”*.

También ponen sordina a la llamada la **separación de la fe y de la vida** y otros elementos de mundanidad en el cristiano como el consumismo, el hedonismo, la superficialidad, etc. También la obstaculiza la ausencia de un fervor apostólico contagioso en las comunidades cristianas, e incluso una pastoral vocacional que, haciendo suya la antropología moderna, se ha centrado en la opción personal y los valores.

Para cambiar esta situación, queremos dar la vuelta a la antropología dominante para poner en el principio la llamada amorosa de Dios, gracias a la cual existo. Queremos también fortalecer la conciencia bautismal y eclesial, y el compromiso de promover la vida como vocación.

## CUESTIONARIO

1. ¿Quién soy para Dios? ¿A qué me siento llamado por Él en la vida?
2. Oportunidades y dificultades que podemos encontrar en el ambiente actual para poder reconocer lo que Dios quiere y para actuar con libertad?
3. ¿Qué medios estamos ofreciendo desde la Iglesia para que los bautizados se sientan interpelados por la sed de Dios? ¿Qué otros medios sería conveniente que ofreciéramos?

## DISCERNIR PARA ACERTAR

La vocación, que comienza con la elección gratuita de Dios y su llamada dirigida a todos y cada uno de nosotros, supone un largo viaje, pues se necesita un **tiempo para descubrir e interpretar la llamada divina**. Como dice el Papa Francisco, a través de discernimiento *“se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites”*<sup>9</sup>. Utilizando una imagen plástica, podríamos decir con el Papa que el Señor nos regala una brújula segura que da la orientación en el camino de la vida, pero no un “GPS” que indica con detalle los tiempos y lugares de todo el recorrido que cada uno habrá de elegir prudentemente<sup>10</sup>.

### 1. Necesidad del discernimiento

El discernimiento se ha hecho especialmente necesario en el momento presente, porque, como dice también el Santo Padre, *“la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas... Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento”*<sup>11</sup>. La única manera de **saber si algo viene del Espíritu Santo** o, por el contrario, viene del espíritu del mundo, es el discernimiento, **don de Dios** que hay que pedir, y que supone también en el ser humano sentido común y una buena capacidad de razonamiento.

El discernimiento nos hace falta siempre, no sólo en los momentos extraordinarios, aquellos en los que se nos presentan problemas graves, o tenemos que tomar una decisión crucial. Lo necesitamos siempre para no dejar pasar la invitación del Señor a crecer. Por otra parte, hay que advertir que, en el discernimiento, no sólo está en juego el bienestar temporal, la satisfacción de hacer algo útil y el deseo de tener la conciencia tranquila, se juega sobre todo el sentido de mi vida ante el Padre, el para qué de mi existencia o, mejor todavía, el para quién de mi vida, que nadie conoce mejor que Él.

### 2. Mediaciones de la llamada divina

El Señor nos habla de modos muy variados. Uno de ellos es dotándonos de las **capacidades** necesarias para un servicio determinado. Como señala el

---

<sup>9</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate* (GE), 170.

<sup>10</sup> Cfr. Papa Francisco, Exhortación Postsinodal CVI, 256.

<sup>11</sup> Papa Francisco, GE, 167.

Papa Francisco, *“en el discernimiento de una vocación es importante ver si uno reconoce en sí mismo las capacidades necesarias para ese servicio específico a la sociedad”*<sup>12</sup>. Nos habla también de un modo especial a través de las **personas** que nos acompañan en el camino de la vida. De igual modo, a través de los **sentimientos**. En este sentido, el Papa Francisco resalta la significatividad de la alegría. *“¿Cómo se descubre la propia vocación en este mundo? -se pregunta- el primer indicador es la alegría del encuentro con Jesús... Cada vocación verdadera se inicia con un encuentro con Jesús que nos dona una alegría y una esperanza nueva”*<sup>13</sup>. Aun así, hay algo que no puede faltar, algo de lo que no se puede prescindir: el silencio de la **oración**, necesario para percibir mejor el lenguaje divino, *“para interpretar el significado real de las inspiraciones que creímos recibir, para calmar las ansiedades y recomponer el conjunto de la propia existencia a la luz de Dios”*<sup>14</sup>.

En la propia oración, puede ocurrir que nos cerremos a la inspiración del Espíritu Santo, por eso, hay que recordar que *“el discernimiento orante requiere partir de una **disposición a escuchar**: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas. Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial e insuficiente, a sus costumbres, a sus esquemas”*<sup>15</sup>. Sólo así estará disponible para acoger una llamada que lo lleva a una vida mejor. Esta actitud de escucha implica **obediencia al Evangelio** como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia. No se trata de repetir recetas, pero el discernimiento espiritual nos liberará de la rigidez.

### 3. Cultivar el don del discernimiento

La capacidad de discernimiento también tiene su recorrido. Para progresar en él, una condición esencial es educarse en la **paciencia** de Dios y en sus tiempos: Jesús no arranca la cizaña mientras crece el trigo (cf. Mt 13, 29). Se requiere también **generosidad**. En efecto, no se discierne para ver cómo podemos aprovecharnos mejor de esta vida, sino para ver cómo podemos cumplir mejor la misión que se nos ha encomendado en el bautismo. Y, en fin, se necesitan espacios de soledad y de **silencio**. *“No es posible prescindir del silencio de la oración detenida -dice el Papa Francisco- para percibir mejor ese lenguaje, para interpretar el significado real de las inspiraciones... para calmar las ansiedades”*<sup>16</sup>.

<sup>12</sup> Papa Francisco, CVi, 255.

<sup>13</sup> Papa Francisco, Audiencia, 30. VIII. 2017.

<sup>14</sup> Papa Francisco, GE, 171.

<sup>15</sup> Papa Francisco, GE, 172.

<sup>16</sup> Papa Francisco, CVi, 283.

Estamos llamados a crecer, a configurarnos cada día más y mejor con Jesucristo, en definitiva, estamos llamados a la santidad. Por eso, “*cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios...*”<sup>17</sup>. Para ello, necesitamos la ayuda divina, necesitamos pedirle al Espíritu Santo que nos haga capaces de dejar entrar a Dios en todos los terrenos de nuestra vida, con la seguridad de que él no entra para mutilar ni para debilitar nuestro ser, sino para darle plenitud.

#### 4. Criterios para el discernimiento

Dios se sirve de distintos **medios** para ayudar al elegido a identificar su vocación. Este proceso lleva su tiempo. La vocación supone andar un camino casi a tientas, en el que cada vez se irá viendo más claro, andando con mayor facilidad y experimentando mayor alegría. Hay que ser valientes para iniciar este camino, pero no temerarios, es decir, no hay que hacerlo sin reflexión, acompañamiento y oración.

##### 4.1. La recta intención.

Es el primer signo y el más característico de la vocación. Todos los cristianos estamos llamados a una misma vocación: la **santidad** (LG 5). La vocación consagrada no es sino un modo de conseguir ese fin, eso sí, utilizando medios más radicales que lo favorezcan en su fervor y servicio a Dios y a los hombres. El deseo sincero de seguir a Cristo no caracteriza exclusivamente al consagrado, sino a todo cristiano, pero el consagrado quiere asemejarse a Él, desea hacerse “*testigo viviente de la prioridad absoluta de Dios y de la dedicación completa y exclusiva de la propagación de su Reino*”<sup>18</sup>. En otras palabras, el consagrado se juega el todo por el todo.

El que supuestamente ha sido elegido, debe tratar de averiguar si sus intenciones son rectas o hay en él otras motivaciones equivocadas. En esta tarea, en primer lugar, le puede ayudar la psicología. Con su ayuda, puede descubrir contradicciones o defectos que eventualmente podrán dificultar la vivencia de dicha vocación. De igual modo, podrá descubrir cualidades que potenciar. En cualquier caso, para asegurar la rectitud, debe conocer perfectamente el estado que va a abrazar y lo que le va a suponer y exigir.

---

<sup>17</sup> Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (EG), 175.

<sup>18</sup> Pigna, A., *La vocación. Teología y discernimiento*. Sociedad de educación Atenas, Madrid 1983, 151.

**a) *La ayuda de la psicología.*** Respecto a las motivaciones que están detrás de la intención, la psicología nos dice que no siempre son conscientes. Lo son ciertamente cuando se ha reconocido el valor de un determinado estado y su correspondencia con las inclinaciones personales. Pero también hay motivaciones inconscientes: el individuo siente a veces más necesidades que pretenden ser satisfechas pero que la razón las considera innobles; entonces, se disfrazan y actúan como motivaciones del obrar, pero con apariencia distinta.

Pueden darse también motivaciones conscientes, pero no válidas. Proceden de una visión naturalista de la vida consagrada: asegurar el futuro o una determinada posición social. Otras motivaciones pueden ser conscientes, pero inadecuadas. Estas son de tipo religioso y no se pueden condenar, pero son desproporcionadas con el fin que pretenden, por ej., consagrarse para ganar mejor el cielo, para que se cure un familiar o se convierta alguien.

También pueden darse motivaciones inconscientes e inmaduras. Aquí es más difícil el discernimiento. En ellas, la realidad no se ve en su valor intrínseco, sino como fuente de compensaciones para la persona. El que está movido por estas motivaciones inconscientes suele ser muy variable de ánimo; cuando debe renunciar a algunos valores humanos, aparece turbado. Además, se muestra indeciso a la hora de tomar compromisos morales, muy agresivo al sentirse frustrado y, en fin, se repliega sobre sí mismo, sin preocuparse de los problemas ajenos.

Y, en fin, la motivación puede ser también válida y suficiente. La única de este tipo ha de ser el deseo de consagrarse a Dios y a la Iglesia. Hasta llegar ahí, sin duda que se ha de recorrer un largo camino de purificación de las motivaciones y del modo de expresarlas.

**b) *La teología y la prudencia pastoral.*** Para conocer la recta intención, puede ayudar la psicología, pero no es suficiente, hay que acudir a la teología, pues, en principio, sólo ella nos puede decir qué es la vida consagrada y, por lo tanto, sólo ella puede juzgar sobre la recta intención. El primer responsable y el autor principal del discernimiento de la vocación es el propio interesado, que no debe consagrarse sin tener la certeza moral de ser llamado. A esta certeza le pueden ayudar los demás, pero sólo ayudar y, además no lo harán con infalibilidad. La primera condición para que el elegido pueda tener certeza es la rectitud moral acompañada de la escucha de la Palabra y la disponibilidad ante la voluntad de Dios (cf. Jn 1, 47).

Por otra parte, el candidato debe estar incondicionalmente disponible para Dios, sea cual sea su voluntad. La llamada debe permitir que el Espíritu se le manifieste, para lo cual, necesita superar su amor propio, sus propias ideas y deseos. Ha de saber vencer la pereza, el orgullo, el deseo de tener... La vocación se descubre en el encuentro con Dios, en humildad y docilidad. Ella hace activo al hombre y lo transforma desde el momento en que se abandona en Dios, tal como sucedió con los apóstoles y, en concreto, con Tomás. Ahora bien, si el llamado no vive como paso previo la vocación cristiana, difícilmente cristalizará su vocación consagrada.

El candidato ha de ser también dócil al acompañante espiritual. Al interesado le resulta muy difícil ser objetivo y, además, peca necesariamente de inexperto en este terreno. Por eso, si quiere ser prudente, ha de elegir una persona competente que le ayude. Hay que ser, por otra parte, dócil a ella, siempre con espíritu de fe, aceptándola como una mediación de Dios. Es lo que hizo S. Pablo cuando el Señor le proporcionó el acompañamiento de Ananías (cf. Hch 9, 10.12). La falta de esta dirección espiritual, tan frecuente hoy, puede ser una de las razones de la escasez vocacional.

#### 4.2. **Las dotes o aptitudes.**

La buena voluntad no es suficiente para decir que hay vocación, son necesarias una serie de cualidades y aptitudes. Estamos convencidos de que Dios no puede llamar a un estado sin dar las dotes necesarias para vivirlo plenamente. Como dice el Papa Francisco, *“en el discernimiento de una vocación es importante ver si uno reconoce en sí mismo las capacidades necesarias para ese servicio específico a la sociedad”*<sup>19</sup>. El llamado necesita poseer las dotes psíquicas, intelectuales, espirituales y morales básicas.

*a) El candidato debe tener una base humana suficiente: un equilibrio físico y afectivo y unas dotes intelectuales suficientes.* Según el Concilio Vaticano II, esa madurez se advertirá *“en cierta estabilidad de ánimo, en la facultad de tomar decisiones ponderadas y en el recto modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres”* (OT 11).

En primer lugar, ha de tener una resistencia física y, en especial, nerviosa. Este equilibrio se logra con la aceptación y modelación de la propia sexualidad y agresividad (adaptación emocional y social). La agresividad es la energía que surge de la necesidad de autoafirmación y que debe ser socializada, traducéndose en una capacidad de colaboración con otras personas evitando dos extremos: la hostilidad y la dependencia infantil. Por

---

<sup>19</sup> Papa Francisco, CVi, 255.

otra parte, la integración de la sexualidad en el amor, la realiza en etapas sucesivas, sobre todo, con el dominio y control de los impulsos sexuales y una progresiva toma de conciencia de que la sexualidad es una potencia de comunión que no tiene sentido sino en la donación de sí.

El candidato también ha de estar reconciliado con su pasado y ser libre pues, sin libertad, no hay vocación. La libertad exige el conocimiento de lo que abraza y de lo que deja al consagrarse. Además, debe conocer sus motivaciones, incluso las subterráneas. Su solidez psicológica se manifiesta así mismo en su capacidad de esfuerzo y de constancia. Sin ellos, tampoco es posible la vida consagrada. Y, en fin, el candidato ha de mostrar también capacidad de superar las frustraciones al verse no cumplidas las exigencias profundas de la naturaleza humana. Debe aceptarlas sin alarmismos y sublimándolas en un amor superior a Dios y a los hermanos.

El candidato ha de tener un grado suficiente de inteligencia. Además, ha de ser capaz de estudiar, haciendo fructificar sus talentos. La pereza intelectual se puede considerar síntoma de una deficiencia moral contraindicada en el caso de toda vocación consagrada. Se requiere, así mismo, la humildad intelectual y la docilidad.

b) *Dotes espirituales*. No basta con que el candidato crea en Dios, sino que ha de experimentarlo como el valor central de su vida (PO 2; LG 44). Debe mostrar inclinación a la oración y espíritu de sacrificio; este es necesario, no sólo para el equilibrio interior, sino también para participar en el sacrificio redentor de Jesucristo, dejando atrás el sometimiento a los ídolos del tener, del poder y del placer.

La vocación consagrada tiene una dimensión eclesial, al ser regalada a la Iglesia para su propio bien (cf. LG 43). Ya desde el Seminario, los candidatos deben sentir profundamente el misterio de la Iglesia: deben amarla reconocerla como sacramento privilegiado de la presencia y de la acción de Dios en el mundo. Es también fundamental para el consagrado la obediencia activa y responsable, a la que ha de educar en las pequeñas cosas de cada día.

El amor a la Iglesia debe ir unido a un sincero deseo de salvación y servicio a los hombres. Si falta este deseo de servir, se puede sospechar de las motivaciones que guían al candidato. Este celo lo ha de demostrar ya en el Seminario. También ha de demostrar libertad y desprendimiento respecto a los bienes de este mundo. La renuncia real es la prueba del espíritu de pobreza (cf. PO 17).



Uno de los elementos más claramente significativos y determinantes ha de ser la caridad probada que supera los propios intereses, manifiesta la fuerza de voluntad, y la capacidad de sacrificio y de negación, tan importantes para la vida religiosa y sacerdotal. La Iglesia ha considerado siempre extremadamente significativo este elemento, como síntoma de una auténtica vocación a la vida consagrada.

## 5. Acompañar en el discernimiento

El acompañamiento personal es fundamental para el crecimiento personal, la inclusión social, y la configuración de la familia humana. También lo es para acceder a Dios y para el discernimiento vocacional, una tarea compleja y decisiva para la vida personal, social y comunitaria. Concretamente, el acompañamiento espiritual es *“una ayuda personal por medio del diálogo espiritual, para que el cristiano pueda vivir más plenamente según el Espíritu de Cristo”*<sup>20</sup>.

Ciertamente, el acompañamiento espiritual no se puede realizar si falta la **vida interior**, es decir, si la persona no está proyectada hacia la plenitud en Jesucristo. A este acompañamiento no le es suficiente ayudar a las personas en un plano meramente humano. Además, la ayuda se hace a través de un diálogo personal, lo que supone que la persona no es meramente estudiada, sino también escuchada y comprendida.

En el acompañamiento espiritual, también es fundamental la **eclesialidad**. Los procesos de acompañamiento requieren de comunidades de acogida cercanas y con trato personal. Requieren también de acompañantes maduros que se valoran a sí mismos, que ayudan a cambiar a los otros sin hacerlos a su imagen y semejanza, que no buscan compensaciones en la relación; personas humildes, realistas y respetuosas; personas con ciencia, cultura y competencia, capaces de acoger y situar al otro en lo que es; personas claras y firmes a la hora de ofrecer criterios auténticos, sin plegarse sin más a los del acompañado.

El buen acompañante ejerce también de **educador**: busca el desarrollo integral de la persona, ayuda a clarificar y ordenar la experiencia, da la información necesaria para que el acompañado tome la decisión más

---

<sup>20</sup> Saturnino Gamarra, “Dirección espiritual”, en *Diccionario del Sacerdocio*. BAC, Madrid 2005, 215.

acertada, tiene sentido del proceso y lo realiza cargado de paciencia... El acompañante, además, ha de tener experiencia espiritual, puesto que no puede ser experto en el camino del Espíritu alguien que no haya recorrido ese camino. Y, en definitiva, necesita también el don del discernimiento que le permite descubrir y comprender la acción que el Espíritu realiza y desea realizar en el acompañado.



## FICHA 2: DISCERNIR PARA ACERTAR

*“Se acercó uno a Jesús y le preguntó: Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?. Jesús le contestó: ¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Él le preguntó: ¿Cuáles?. Jesús le contestó: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?” (Mt 19, 16-21).*

A través del discernimiento -dice el Papa Francisco- *“se trata de entrever el misterio del proyecto único e irreplicable que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites”* (GE 170). Este discernimiento se ha hecho especialmente necesario en el momento actual porque *“la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas... Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento”* (GE 167).

El Señor utiliza varias **mediaciones** para dirigirnos su llamada: las dotes y capacidades que nos ofrece para realizar un servicio concreto, las personas que nos guíen con la sabiduría del Espíritu Santo... También nos habla a través de los sentimientos. En este sentido, el Papa Francisco destaca la significatividad de la alegría: *“¿Cómo se descubre la propia vocación en este mundo? -se pregunta- el primer indicador es la alegría del encuentro con Jesús... Cada vocación verdadera se inicia con un encuentro con Jesús que nos dona una alegría y una esperanza nueva”* (Audiencia, 30.VIII.2017). Y, en fin, Dios habla a través del silencio. Ciertamente, el silencio de la oración es necesario para percibir mejor el lenguaje divino, para interpretar mejor el significado real de las inspiraciones, calmar las ansiedades y recomponer el conjunto de la propia existencia a la luz de Dios” (GE 171).

La capacidad de discernir no se logra de una vez por todas, tiene su recorrido. Para progresar en él, una condición esencial es educarse en la **paciencia de Dios** y en sus tiempos: Jesús no arranca la cizaña mientras crece el trigo (cf. Mt 13, 29). Se requiere también **generosidad**. En efecto, no se discierne para ver cómo podemos aprovecharnos mejor de esta vida, sino para ver cómo podemos cumplir mejor la misión que se nos ha encomendado en el bautismo. Y, en fin, se necesitan espacios de soledad y de **silencio**.

A continuación, queremos detenernos a considerar algunos **criterios** que nos han de guiar en el camino del discernimiento. En primer lugar, señalamos la recta intención. Todos los bautizados coincidimos en la vocación a la santidad. La vocación consagrada (sacerdotal y religiosa) no es sino un modo de conseguir ese fin, eso sí, utilizando medios más radicales que lo favorezcan en su fervor y servicio a Dios y a los hombres. Todos deseamos parecernos e identificarnos con Jesucristo, pero la persona consagrada quiere ser testigo de la prioridad absoluta de Dios y de la dedicación exclusiva a la propagación de su Reino.

El supuestamente elegido ha de tratar de averiguar si sus intenciones son rectas y no equivocadas. Para ello, puede contar con la ayuda de la psicología que puede desvelar las motivaciones inconscientes. Para conocer la recta intención, nos sirve también la teología y la prudencia pastoral. El acierto en el discernimiento va ligado a la rectitud moral acompañada de la escucha de la Palabra y la disponibilidad ante Dios (cf. Jn 1, 47). Además, el llamado ha de superar la pereza, el orgullo, la avaricia, y ha de ser dócil al director espiritual. Por eso, cabe preguntarnos si el escaso aprovechamiento de este servicio no será una de las razones de la escasez vocacional.

Aunque es importante la buena voluntad para decir que hay vocación, ésta no es suficiente. Son necesarias una serie de **cualidades** y **aptitudes**. Estamos convencidos de que Dios no puede llamar a un estado sin dar las dotes necesarias para vivirlo plenamente. El candidato ha de tener una base humana suficiente: un equilibrio físico y afectivo y unas dotes intelectuales suficientes. Debe estar dotado también de las necesarias **dotes espirituales**: inclinación a la oración, primacía del amor a Cristo y a la Iglesia, celo y caridad pastoral.

## CUESTIONARIO

1. ¿Qué medios solemos utilizar para conocer la voluntad de Dios? ¿Con qué resultado?
2. ¿Qué medios ofrece la Iglesia a los colegios católicos y a las familias para ayudar a descubrir la vocación concreta a la que el Señor nos llama? ¿Qué medios echas en falta?
3. ¿Cómo se cuida a los que ya han recibido los sacramentos de la iniciación cristiana.

## LA RESPUESTA VOCACIONAL

Amados incondicionalmente por Dios, somos elegidos y llamados a participar de la vida divina y de la amistad con Jesucristo. También a compartir con todos los creyentes la misión que el Señor ha encomendado a su Iglesia, según los distintos carismas y ministerios que el Espíritu Santo le regala. Ciertamente *“las vocaciones eclesiales son una manifestación de la inconmensurable riqueza de Cristo (cf. Ef 3, 8) y, por tanto, deben ser valoradas y cultivadas con toda solicitud pastoral, para que puedan florecer y madurar”*<sup>21</sup>.

Por otra parte, cada camino vocacional ha de ser consciente de que **necesita de los demás**. Así, por ejemplo, la vocación laical necesita la presencia de Cristo que alimenta, cura y conduce en la peregrinación hacia el Reino en la persona de sus sacerdotes. Sin la gracia y la mediación sacramental del sacerdote, no sería posible experimentar la presencia inmediata de Jesús que entrega su Cuerpo, perdona los pecados y unge a cada miembro del Pueblo de Dios con el sello del Espíritu. Por otra parte, sin la presencia de las vocaciones de especial consagración, puede que seamos un pueblo que permanezca quieto y que no realice nuevos ensayos de vida cristiana y servicio a los pobres. Y, en fin, sin la vocación laical, podría ser que las vocaciones de especial consagración se vieran tentadas a pensar que la fe y la vida cristiana carecen de la virtualidad necesaria para impregnar de los valores del Reino el mundo presente y la historia futura. Dada esta complementariedad e interdependencia, cada vocación ha de valorar a las otras y lo ha de mostrar orando, suscitando y promoviéndolas.

### 1. Jesucristo marca los hitos de los caminos

Jesús llamó a los doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3, 13-19); los hizo partícipes de su sacerdocio jerárquico y los destinó a ser pastores de la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios (cf. LG 11). En el momento actual, los obispos y los presbíteros participan del carisma de los doce, es el grupo que actúa en la persona de Cristo cabeza. En consecuencia, la Iglesia dedica una atención especial a esta vocación, puesto que, sin sacerdotes, la Iglesia no podría cumplir el mandato del Señor: *“haced esto en memoria mía”*.

En torno a Jesús y, seguramente también en torno a María, se fue constituyendo un grupo de mujeres a las que la piedad popular ha bautizado como “santas”. Un ejemplo paradigmático nos lo ofrece María, la hermana de

---

<sup>21</sup> Congregación para el Clero, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 11.

Marta y de Lázaro, amigos de Jesús quien, en una visita, advirtió a Marta de su activismo y, aunque no menospreció su carácter servicial y hospitalario, aseguró que María había escogido la parte mejor al inclinarse por escuchar sus palabras (cf. Lc 10, 38-42). La presencia de estas “santas” mujeres se hace notar especialmente en el trance de la pasión de Cristo. Precisamente, una estación del Vía Crucis rememora el momento en que Jesús las consuela, pues le siguen en la subida al Calvario entre lágrimas de desconsuelo. No quiero ser demasiado atrevido, pero me atrevo a decir que nos encontramos aquí con un germen de la vida consagrada, especialmente necesaria hoy. Efectivamente, en esta época de cambios, necesitamos destellos de luz y ensayos de vida y misión que solo la especial consagración puede ofrecer.

Otra institución erigida por Jesucristo fue la de los setenta y dos a los que el Señor envió de dos en dos con la misma misión de los doce (cf. Lc 10, 1 ss). En ellos están prefigurados aquellos que asumen ministerios en la Iglesia y, al mismo tiempo, anuncian el Evangelio en el mundo. Esta vocación laical ha de ser cultivada, pues desgraciadamente ha sido presentada más bien en negativo. Efectivamente, para explicar qué es un laico, se suele decir que no es un cura ni un religioso. Además, estas personas necesitan cultivar su identidad, con el fin de formar su corazón en la caridad política. Dentro de la vocación laical, merece un puesto de honor la vocación matrimonial. No nos encontramos ante un arreglo entre dos personas, sino ante una verdadera vocación cristiana llamada a dar testimonio del amor de Dios en la institución social básica, una auténtica “Iglesia doméstica” (cf. 1 Cor 16, 19).

Jesucristo dedicó todos sus esfuerzos y orientó los de sus colaboradores, los doce y los setenta y dos, al cuidado de la muchedumbre. Trasladados al momento actual, en esa muchedumbre están prefigurados aquellos que presentan una débil pertenencia eclesial y acuden a la parroquia solamente de manera ocasional; también aquellos que, en un número creciente, se han alejado de la Iglesia e incluso desconocen completamente a Jesucristo.

## **2. Exigencias de la respuesta humana**

### **2.1. Cierta visión global de la propia existencia**

Desde el punto de vista del hombre, la vocación comporta tres elementos. En primer lugar, supone cierta visión global de la propia existencia. Para entender la vocación particular, el hombre debe aceptar su propia vida, siendo consciente de sus posibilidades y limitaciones, la mayor

de las cuales es la muerte. La muerte interroga al hombre que llega a comprender que sólo tiene sentido desde la fe que le dice que no es el final. Se deduce que esta vida es pasajera, que dependemos de Dios. Esta visión y este sentido de la dependencia, lleva a relativizar los valores terrenos (GS 37).

## 2.2. Poner el corazón en un ideal concreto

Supone también la conciencia de un ideal concreto por el que merece la pena vivir y morir. Cuando se asume este valor dominante, nuestra vida resulta coherente y nuestro obrar adquiere sentido y eficacia. *“Esta opción no es un acto aislado de la voluntad, sino fruto de una progresiva maduración... y el punto indispensable de partida hacia la completa realización personal”*<sup>22</sup>. Cuando Cristo y la transformación en Él se nos presentan como valores supremos, la elección definitiva surge espontáneamente.

## 2.3. Elegir un camino a seguir

Sólo así se concreta la propia vocación. Para el cristiano hay dos posibles direcciones fundamentales: la vida laical y la consagrada. Lógicamente, tomar un camino o el otro, supone abrazar ciertas posibilidades y renunciar a otras.

## 3. La crisis vocacional

Al menos en las Iglesias más antiguas, se está viviendo un momento preocupante de falta de vocaciones. Nos encontramos ante una crisis vocacional, y no sólo respecto a las vocaciones de especial consagración, sino, en general, de vocaciones cristianas. Esta crisis se palpa al contabilizar el número decreciente de matrimonios cristianos, de vocaciones a la vida religiosa y al presbiterado.

Sin embargo, el plan del Señor sigue vivo, el deseo divino de que **todos los seres humanos descubran su vocación** y lleguen a su plenitud, el deseo de que este mundo sea cada vez más un reflejo del Reino de Dios aquí en la tierra, sigue adelante.

El Concilio Vaticano II ha respondido a la cuestión de cómo ha de situarse la Iglesia en medio de la sociedad. La Iglesia no está en este mundo para crear otro, sino para ayudarle a descubrir su vocación y alcanzar su plenitud. Frente a la concepción de la Iglesia como sociedad perfecta, el Concilio ofrece la categoría de sacramento, signo de unidad y de salvación, don que se recibe como gracia y como encargo que compromete.

---

<sup>22</sup> Pigna, A., *La vocación. Teología y discernimiento*, Sociedad de educación Atenas, Madrid 1983, 83.

Como el Papa Francisco afirma, la renovación de la Iglesia consiste fundamentalmente en **el aumento de la fidelidad a su vocación** (cf. EG 26). Esta fidelidad se muestra en el anuncio del Evangelio siendo signo e instrumento de la unión con Dios y con los hermanos y en la fidelidad a la propia vocación: los pastores, viviendo la caridad pastoral, los laicos, la caridad política, los matrimonios, la caridad esponsal, los consagrados, la caridad consumada.

Pero, evidentemente, la vida de fe y la vitalidad de la Iglesia depende también de que contemos con jóvenes generosos en su respuesta a la llamada divina. En este sentido, nos parecen especialmente lúcidas y motivadoras las palabras que el Papa les dirigía a los jóvenes hace unos años. Les recordaba que *“no estamos hechos para soñar con las vacaciones o el fin de semana, sino para realizar los sueños de Dios en este mundo... y las obras de misericordia son las obras más bellas de la vida”*. Al mismo tiempo, daba una gran importancia a la decisión personal cuando aseguraba que *“nosotros nos convertimos en lo que elegimos, para bien y para mal. Si elegimos robar nos volvemos ladrones, si elegimos pensar en nosotros mismos nos volvemos egoístas... Pero si optamos por Dios nos volvemos cada día más amados y si elegimos amar nos volvemos felices... La vida se posee, ahora y eternamente, solo dándola”*. Finalmente, invitaba a los jóvenes a pasar de preguntarse por qué viven al **para quién** viven, *“del por qué me pasa esto al para quién puedo hacer el bien”*<sup>23</sup>.

#### **4. Notas para una pastoral vocacional renovada**

4.1. *Anunciar el evangelio de la vocación*. Frente a la tentación ya señalada de realizar una pastoral vocacional centrada en la opción y en los valores, hemos de acentuar una experiencia radical anterior al pensamiento y a la conciencia: la experiencia de que la vida es un don amoroso de Dios a través de distintas mediaciones, un regalo que reclama convertirse en un bien que se da y en una vocación específica<sup>24</sup>. En correspondencia con este don, está la respuesta de la persona que precisamente existe, crece y llega a la plenitud porque es llamado, se abre a la escucha y responde. Pasamos, pues, del lema cartesiano “pienso, luego existe” al “soy llamado, por eso vivo”.

4.2. *Promover experiencias de primer anuncio y de profundización en la llamada*. La pastoral de la llamada forma parte del primer anuncio, puesto que esta llamada es una llamada a la fe. Hemos de reconocer con tristeza que

---

<sup>23</sup> Papa Francisco, Homilía en la misa de entrega de la cruz de la JMJ, 22. XI. 2022.

<sup>24</sup> Cf. Papa Francisco, CVi, 248.



la mayoría de niños y jóvenes que participan en procesos de iniciación cristiana, los concluyen sin haber vivido una auténtica experiencia de fe, un verdadero encuentro con Cristo muerto y resucitado. No es de extrañar, pues, que continúen su trayectoria vital como si no hubiera sucedido nada, al margen de la vida de fe y de la vida eclesial. Esto ha de suponer una llamada de atención para los responsables de programar y realizar estos procesos y, al mismo tiempo, también para los responsables de la pastoral juvenil y vocacional.

Tenemos por delante el reto de ayudarles a comprender que Jesús les llama, ante todo, para ser su amigo, pero también para hacerles partícipes de un proyecto hermoso a realizar junto con otros amigos-hermanos. Tenemos también pendiente el reto de ayudarles a comprender que la fe les ayuda a crecer y a ser felices. Para conseguir estos objetivos, necesitamos brindarles espacios y ámbitos donde se sientan a gusto y puedan encontrar respuestas a sus inquietudes y a sus necesidades. En este sentido, sería oportuno proponerles encuentros con contenido catequético, convivencial y oracional, estudio dirigido, actividades lúdicas en el fin de semana, en campamentos de verano, incluso en las ciudades, etc. Aprovechando el tirón, posteriormente, se les podría ofrecer a los más inquietos, experiencias intensas de reflexión, oración y acompañamiento.

**4.3. *Potenciar el acompañamiento y el discernimiento.*** Como ya hemos visto, existen obstáculos culturales, pero también personales a la hora de escuchar la llamada y discernirla. Cuando pasa por el camino, Jesús se detiene y centra la mirada en el otro sin prisa. Hay que ir al encuentro de los jóvenes, estar dispuestos a pasar tiempo con ellos, escuchar sus historias, percibir sus alegrías y tristezas, sus problemas y sus esperanzas. Además, hay que ayudarles a que sean ellos mismos los que discernan su vocación, a que reconozcan e interpreten el paso de Dios por la vida en experiencias y acontecimientos iluminados por la Palabra, y que decidan en libertad.

**4.4. *Promover la oración.*** Para la promoción vocacional, es muy importante cultivar en silencio la familiaridad con el Señor y la escucha de su Palabra, hay que ofrecer, especialmente a los jóvenes, ocasiones para el silencio y la contemplación. También es necesario formar en la relectura de las propias experiencias y en la escucha de la conciencia iluminada por la lectura creyente de la Sagrada Escritura. Además, se debe potenciar la oración por las vocaciones siguiendo el mandato del Señor: “*Rogad al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies*” (Mt 9, 38). Esta oración se ha de intensificar en determinados momentos como el Jueves Santo, el

DOMUND, el Día del Seminario, La Jornada de Oración por las Vocaciones, la Jornada de la Familia, Pentecostés, etc.

**4.5. Cultivar un adecuado clima espiritual en la comunidad cristiana.** Como dice el Papa Francisco, la crisis vocacional “*se debe frecuentemente a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, por lo que no inspiran entusiasmo ni atracción, como por ejemplo las comunidades funcionales, bien organizadas, pero carentes de entusiasmo... Donde hay vida, fervor, deseo de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Incluso en las parroquias donde los sacerdotes no están muy comprometidos ni son alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que suscita el deseo de consagrarse completamente a Dios y a la evangelización, sobre todo... si reza insistentemente por las vocaciones y tiene el valor de proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración...*”<sup>25</sup>.

**4.6. Dar un testimonio de caridad pastoral y de celo apostólico por parte del presbítero diocesano.** Este testimonio y este celo son fundamentales, además, han de ir acompañados por la alegría. Cuando un sacerdote vive su ministerio fielmente y se muestra alegre, se entiende que atesora en sí algo que merece la pena de verdad y que servir a Dios y a la Iglesia compensa.

**4.7. Establecer procesos formativos e invitar, especialmente a los jóvenes y a los niños, a participar en estas experiencias.** Este testimonio, además, debe complementarse con la invitación, especialmente dirigida a los jóvenes y a los niños, para participar en distintos itinerarios formativos y de acompañamiento vocacional y, en definitiva, a decidirse por la vocación a la que Dios los llama. Jesús decía abiertamente: “*Sígueme*”. Llamar quiere decir, en primer lugar, despertar el deseo, mover a las personas de lo que las tiene bloqueadas o de las comodidades en las que descansan, hacer preguntas para estimular a las personas a ponerse en camino y encontrar la alegría del Evangelio y, en definitiva, llegar a proponer explícitamente el seguimiento más radical: el sacerdocio y la vida consagrada.

---

<sup>25</sup> Papa Francisco, Simposio “Por una teología fundamental del sacerdocio”, 17.II.2022.

### FICHA 3: LA RESPUESTA VOCACIONAL

*“Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios” (Mc 3, 13-15).*

Al menos, en las Iglesias más antiguas, se está viviendo un momento preocupante de falta de vocaciones. Nos encontramos ante una **crisis vocacional en todos los ámbitos**. Esta crisis se palpa al contabilizar el número decreciente de personas comprometidas, de matrimonios cristianos, de vocaciones a la vida religiosa y al presbiterado. Pero el plan del Señor sigue vivo, el deseo divino de que **todos los seres humanos descubran su vocación** y lleguen a su plenitud, el deseo de que este mundo sea cada vez más un reflejo del Reino de Dios aquí en la tierra, sigue adelante.

El Concilio Vaticano II ha respondido a la cuestión de cómo ha de **situarse la Iglesia** en medio de la sociedad, no para crear otro mundo, sino para ayudarle a **descubrir su vocación** y alcanzar su plenitud. Como el Papa Francisco afirma, la renovación de la Iglesia consiste fundamentalmente en el aumento de la fidelidad a su vocación (cf. EG 26). Esta fidelidad se muestra en el anuncio del Evangelio siendo signo e instrumento de la unión con Dios y con los hermanos y en la fidelidad a la propia vocación: los pastores, viviendo la caridad pastoral, los laicos, la caridad política, los matrimonios, la caridad esponsal, los consagrados, la caridad consumada.

Pero, evidentemente, la vida de fe y la vitalidad de la Iglesia depende también de que contemos con **jóvenes generosos** en su respuesta a la llamada divina. Hace unos años, el Papa Francisco les decía a los jóvenes que *“no estamos hechos para soñar con las vacaciones o el fin de semana, sino para realizar los sueños de Dios en este mundo... las obras de misericordia...”*. Apuntalaba también la importancia de la decisión personal cuando aseguraba que *“nosotros nos convertimos en lo que elegimos, para bien y para mal. Si elegimos robar nos volvemos ladrones, si elegimos pensar en nosotros mismos nos volvemos egoístas... Pero si optamos por Dios nos volvemos cada día más amados y si elegimos amar nos volvemos felices... La vida se posee, ahora y eternamente, solo dándola”*. Finalmente, invitaba a los jóvenes a pasar de preguntarse por qué viven al **para quién viven**, *“del por qué me pasa esto al para quién puedo hacer el bien”* (Homilía en la Misa de entrega de la Cruz de la JMJ, 22.XI.2020).

En cualquier caso, la respuesta a la llamada de Dios ha de concretarse finalmente en un **modo de vida presente en el evangelio**. Hacemos

memoria, en primer lugar, de la llamada que el Señor dirigió a los doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3, 13-19). De ese mismo carisma participan hoy los obispos y los presbíteros. A promover y cultivar esta vocación ha de dedicar la Iglesia hoy todo su empeño, puesto que, sin sacerdotes, no podría cumplir el mandato del Señor: *“haced esto en memoria mía”* (Lc 22, 19). En el evangelio vemos también insinuada la respuesta de la vida consagrada en María, la hermana de Marta y Lázaro y en las “santas” mujeres que, desde una cercanía especial a la Virgen María, acompañaban a Jesucristo camino del Calvario (cf. Lc 23, 27ss).

Otra institución del Señor fueron los setenta y dos a los que envió de dos en dos con la misma misión que los doce (cf. Lc 10, 1ss). Aquí aparecen representados los laicos colaboradores cuya vocación ha de ser destacada en positivo. Su misión principal está en medio del mundo, pero eso no es óbice para que colaboren también al interior de la Iglesia. Dentro de esta vocación laical, merece un énfasis especial la vocación al matrimonio cristiano que no debe ser considerado un mero acuerdo entre dos partes, sino verdadero signo del amor de Dios. Los esfuerzos de todos estos grupos de colaboradores, han de estar orientados hacia la muchedumbre, es decir, los de fe tibia, los alejados y los que no conocen a Jesucristo.

Finalmente, apuntamos alguna sugerencia para una **pastoral vocacional renovada**. Hemos de anunciar el evangelio de la vocación: la llamada es un gesto de amor que permite vivir y crecer al llamado y a la comunidad a la que sirve. Proponemos así mismo ofrecer experiencias de primer anuncio y de profundización en la llamada, potenciar el acompañamiento y el discernimiento, promover la oración, cultivar un adecuado clima espiritual en la comunidad cristiana, establecer procesos formativos e invitar a participar en ellos y, en fin, que los sacerdotes intensifiquen su caridad y su celo apostólico.

## CUESTIONARIO

1. ¿Crees que el Pueblo de Dios es consciente de la crisis vocacional? ¿A qué se debe?
2. ¿Qué hacer para que la pastoral vocacional sea el eje transversal de toda pastoral?
3. Desde tu experiencia, ¿qué buenas prácticas podríamos ir poniendo en marcha de camino hacia el Congreso sobre las Vocaciones?